

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición correspondiente al 9 de mayo de 2014.

Es un gusto, amigos, poder saludarlos a través de este espacio con el cual solemos volcar alguna reflexión, alguna información, a una audiencia que hace tiempo nos acompaña.

Seguramente que mucha gente en el Uruguay ha quedado impresionada por el coraje manifiesto de la señora alcaldesa de Guichón en estos días. Asumió una actitud poco frecuente y muy encomiable. Parecería algo así como de ciencia ficción que una localidad como Guichón, donde todos se conocen, haya soportado un año de tráfico de drogas, de amenazas de todo tipo y nadie se animara a denunciar.

Y no lo hicieron, no porque no supieran o no vieran lo que pasaba. No. Sabían y tenían más que evidencia, pero callaba el conjunto de la gente, seguramente, por temor.

La pregunta que a uno le surge es cuántos casos como Guichón habrá en nuestro país.

En este caso nos hemos encontrado con alguien de carácter y decidido, pero no es frecuente. Cuánto hay de gente que sabe y conoce los movimientos del tráfico de drogas en el país y calla.

Van 80 o 90 años de represión en Estados Unidos, en México, en Europa, en Brasil, en toda Centroamérica, en Argentina, en nuestro país.

Ha habido miles y miles de presos, incautaciones fabulosas, caídas espectaculares. Lo cierto es que el aumento de la presencia de la droga ha sido ininterrumpido a pesar de la cuantiosa represión.

Los hechos reales marcan que, en el Uruguay, de cada tres presos, uno está vinculado al tráfico de drogas o a delitos conexos con la drogadicción. En el total, no menos de 3 mil presos de la masa de 9 mil presos que tiene el país. ¿Cuánto cuesta? Averigüe, querido oyente, hágase la pregunta porque usted sin darse cuenta también contribuye a pagar esta amarga fiesta.

Los entendidos en estas cuestiones nos dicen que en 1985 habría unos 1500 o 2 mil consumidores de “maruja” —como se le dice vulgarmente a la marihuana—; hoy, las mismas fuentes de gente que se dedica a medir estas cuestiones están percibiendo que existen no menos de 150 mil, por lo menos. Aunque muchos son consumidores esporádicos, de una o dos veces por semana.

Han caído cargamentos, autos, aviones, locales, armas, plata, pero cada vez se afina más y más y más el aparato del narcotráfico y más se incrementa la presencia de la droga.

Abundan las guerras por el mercado, se disputan el mercado a tiros, entre bandas, entre intereses que se dedican a esto. Y en otra parte pululan los ajustes de cuenta, porque en el narcotráfico no se hacen contratos escritos en pomposas escribanías o se contratan abogados. No. Se arreglan sucintamente, estas cosas.

El hecho es que el narcotráfico desde las cárceles, desde el submundo del delito, ha ido pulverizando todos los frenos éticos que antiguamente existían, aunque no lo parezca, en el mundo del delito. Aun en el mundo del delito, había valores, cosas que no se podían hacer. Hoy, el narcotráfico, con sus métodos expeditivos, ha generado por todas partes un aumento brutal de la violencia cruel. Es la nueva cultura delictiva, pero cultura que va más allá del narcotráfico, y tiende a estar presente allí donde existe el delito.

Este veneno cultural del fondo de la sociedad es mucho más penoso que el efecto de la droga en sí. Es más veneno. Tenemos que hacernos la pregunta: ¿qué es lo que protege al narcotráfico para haber resistido y florecer y crecer tan olímpicamente, acá y en el mundo entero?

El primer conjunto de factores que le ha dado protección es el más obvio, es la enorme cuota de ganancia. Al tener un mercado casi monopólico, porque los riesgos de la represión hacen que sean pocos los que incurren en disputar este mercado que tiene alta ganancia y alto riesgo, esta poca concurrencia de ofertantes, como cualquier producto de mercado, hace que la demanda de la gente adicta, esclavizada por una adicción, por momentos pague lo imposible y eso, precisamente, es lo que asegura la cuota de ganancia.

Pero esa enorme ganancia da márgenes para corromper, para intimidar, para comprar información, para contratar sicarios cuando hay que arreglar cuentas, en vez de contratar abogados, y salen baratos. Incluso esa ganancia da márgenes para generar, entre comillas, “políticas sociales” en algunos lugares para tener población favorable y dominar territorios. Esto estaba muy presente en Guichón, un boliche que vendía muy barato.

Porque al estar muy limitada la competencia, por el alto riesgo, naturalmente las ganancias son enormes. Pero hay una condición, la gente que actúa en esto termina no teniendo escrúpulos y se va hundiendo permanentemente en un espiral de delito adonde es relativamente fácil entrar y muy difícil salir.

Recordemos aquello de Quevedo: “Poderoso caballero es don dinero, capaz de transformar el oro en bosta y la bosta en oro”. Esa ganancia da para comprar políticas —lo ha demostrado en muchos lugares del mundo—, para financiar

encuestas, comprar o enfermar poderes del Estado; lo demuestra la historia de Colombia, de México, de Centroamérica. Y si me preguntan de acá, yo no tengo pruebas, no lo puedo afirmar, lo que sí puedo afirmar es que es una tendencia general que ha pasado en muchas partes, en varios lugares.

El segundo conjunto del capítulo de cosas que protegen a esta formidable fortaleza del narcotráfico es el conjunto de factores que derivan del miedo de la gente, como venía pasando en Guichón, y este es un ejemplo vivo. Porque hasta el personal que practica operativamente la represión trata de ocultar su identidad en sus procedimientos; si esto pasa con la gente formada policialmente para reprimir, cómo no va a tener miedo la gente común y corriente de un pueblo, de un barrio.

La verdad es que por la naturaleza de mercadería que tiene esta actividad, de venderse masivamente, existe siempre mucha gente que sabe y que desconfía de cada una de las bocas donde se está dando este negocio, y muchas veces se conoce francamente a los traficantes, pero la inmensa mayoría de la gente calla por temor, y todavía a veces los padres, algunos padres, en un mal sentido de proteger a sus hijos, tratan de no ver o se desentienden.

En otros casos el narcotráfico multiplica sus tentáculos permanentemente con gente a la que trata de hacer adicta, y una vez que es adicta al consumo, para tener qué consumir busca a su vez vender, propende a difundir la adicción porque es su manera de ganar margen para poder consumir, estas son víctimas-victimarias. El narcotráfico no solo hace víctimas para consumir su droga sino que además se las ingenia para explotar a esas víctimas.

Por todo esto y mucho más es que tendríamos que decir que hace más de dos años pedimos ayuda públicamente, ideas, proyectos, iniciativas, lo pedimos abiertamente a la gente en general pero muy particularmente al sistema político. Era natural por la gravedad permanente y sistemática que encierra esto. Sin embargo, porque es un tema difícil, enormemente difícil, apenas recibimos algunas generalidades, campañas publicitarias contra la adicción, tratando de prevenir el consumo, propuestas de represión por aquí y por allá, multiplicar siempre la represión, lo que se viene haciendo desde hace 80 años.

Pero en ese conjunto algún ciudadano me arrimó un reportaje de la década del 90 hecho a un "pope" de la economía que fue Premio Nobel. Un autor al cual no soy afecto pero hay que reconocer que sus ideas tuvieron formidable influencia en el auge del neoliberalismo como corriente económica. Este señor hacía un enjuiciamiento durísimo contra el gobierno norteamericano porque su actitud represiva estaba manteniendo cerrado un monopolio y con ello creaba las condiciones para el abuso que significa el narcotráfico. Se basaba en la experiencia de la década del 30, en lo que pasó con la Ley Seca, con Al Capone y todo lo demás, época que vivió este señor.

Leímos, releímos, pensamos y pensamos buscando en la soledad de nuestra conciencia aportes para qué hacer, porque, decía Einstein, ese hombre que ha pasado por una de las inteligencias superiores, “si quieres cambiar no puedes seguir haciendo lo mismo”. Esta es la cuestión. Esta.

Los hechos son porfiados, están allí, la conducta del narcotráfico no va a cambiar, seguirá con su credo de plata o plomo; afinaremos la represión todo lo que queramos pero no vamos a tener más fuerza que el gobierno americano, mexicano o colombiano, o de otras partes. No. No seamos ilusos.

Tenemos que seguir con la represión sin bajar los brazos y afinando más, pero no alcanza, con este camino no alcanza, porque la gente, sabiendo, se calla por temor y porque la mayoría del pueblo se calla, la represión no tiene información.

No tiene información de la única cosa que está en todas partes: su pueblo. Porque la mayoría de ese pueblo tiene miedo. Entonces la única información que maneja la represión es cuando hay alguna delación interna dentro del narcotráfico por cuestiones de intereses o disputas, o por el producto de trabajos de lentísima infiltración que a veces dan resultado pero llevan mucho tiempo y en realidad la tenia del narcotráfico se reproduce y se modifica más rápidamente.

Actitudes como la que asumió esta señora alcaldesa no son frecuentes, no son usuales, por eso llama la atención su enorme compromiso. Parece increíble que el pueblo uruguayo no pueda ver estas cosas. Parece mentira que el pueblo uruguayo vea a veces perder a sus hijos en esta adicción y no se plantee hacer algo. Parece increíble que en plena campaña electoral se trata este tema con una flojedad, con un arribismo, que da miedo. No se plantea otra cosa que seguir lo mismo, aunque hace más de 80 años estamos reprimiendo y seguimos empeorando. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Estamos, como ciudadanía, como estaba el pueblo de Guichón. Se habla mucho de la pérdida de valores, se critica cualquier cosa, todo se critica. El periodismo hace punta y se apila tratando de averiguar y metiendo el escalpelo por todas partes. Sin embargo no averiguan nada con respecto a la droga, ni cómo se mueve, ni dónde se vende, ni cómo se vende.

Cuando planteamos y trabajamos en un camino francamente distinto, con carácter de buscar otro camino cuyo destino es tratar de arrebatarnos el negocio, no solo pegar en lo represivo, no solo meter en cana, dejarlos sin asunto, luchando para que pierdan el negocio, porque lo otro, que hay que seguir haciéndolo, ha demostrado que tiene patas cortas, que bancon con creces, que todos los días hay gente apurada por hacer plata y que hace cualquier cosa.

Entonces critican las medidas que planteamos, pero no plantean nada. Se cruzan de brazos y apenas dicen lugares comunes. Utilizamos la palabra *experimentar*, porque somos seres humanos y somos limitados y, como tal, al emprender un camino nuevo y distinto, para tratar de arrebatarnos el mercado, golpearlos en la esencia del negocio, porque por más clandestino esto es un negocio de mercado monopolizado por gente capaz de hacer cualquier cosa, encontramos una actitud francamente hostil. Porque es más redituable adular a la gente y dejarla sencillamente sin ver la realidad y la tragedia que hay en el fondo de la realidad. Hemos dicho honradamente el concepto de *experimentar* y no hay que utilizar confusiones.

Pero hay gente que naturalmente trata de multiplicar las confusiones permanentemente. Sí, es así, aquí ha pasado de todo. Hay medios de prensa que, en su momento, defendieron la dictadura y olímpicamente han seguido funcionando y se consideran panegiristas de la democracia y todas esas cosas.

Jamás vemos una campaña contra la adicción, jamás se sacrifican un puñado de renglones explicando las consecuencias que tiene una adicción de este tipo. No, jocosamente abren las páginas para criticar livianamente un intento, ni siquiera tratan de construir alternativas.

Claro está, “palo porque bogas y palo porque no bogas”. Qué sencilla es semejante responsabilidad. Todavía hay cosas más feas, pero naturalmente esto es parte de la lucha. En los hechos, como resultante, por miedo, por interés, por tradición, el narcotráfico tiene, por lo que fuera, formidables aliados en nuestra actitud complaciente de no ver, de no decir, de no hacer y de no dejar hacer.